

más aumenta el capital de energía mundial. Esforzándose por obtener cosechas abundantes de cereales, de textiles, de azúcar, de pastos, etc., favorece la captación de una energía extraterrestre y que no cuesta nada, la energía solar, origen de todas las formas de energía utilizadas por el hombre.—Perfeccionar la Agricultura, forzar el suelo al máximo de rendimiento, es, pues, bajar el precio de los alimentos, aumentar la potencia humana, facilitar el dominio de la materia y la liberación de la inteligencia.

Con estas grandes palabras cerró **Gabriel Bertrand** (prof de la Sorbona y del Instituto Pasteur) su conferencia en el VIII Congreso internacional de química aplicada (New York, sept. 1912). Con el alto prestigio que le han dado sus brillantes descubrimientos personales acerca de las diastasas o fermentos oxidantes de naturaleza casi mineral, demostró en dicha conferencia el papel que hacen en el suelo ciertos elementos (manganeso, zinc, boro, etc.) de que sólo se encuentran trazas en las sustancias vegetales; pero no por ello menos importantes a la vida de la planta que los elementos abundantes (hidrógeno, oxígeno, carbono, nitrógeno, etc.). El problema agrícola entra, agregamos nosotros, en el cuadro de todos los otros grandes problemas científicos. Cada día que pasa, vemos simplificarse la concepción general y complicarse el conjunto de operaciones de detalle, facilitarse la enseñanza y dificultarse la práctica. Los cuidados que el hombre tiene que prestar a la planta son, en sus grandes rasgos, de la misma índole que los exigidos por el animal: hay que atender a la semilla y al medio en que va a desarrollarse. Este medio debe reunir ciertas condiciones físicas (de luz, de temperatura, de porosidad, etc.), debe ofrecer en forma y cantidad apropiadas ciertos elementos químicos y ciertos factores

sociales (microbios de la simbiosis vegetal, etc.) y debe arreglarse además de modo que no se acumulen en él los productos mismos de la vida que se quiere favorecer.

**Pierre Loti** ha estado defendiendo á Turquía en **Le Figaro**. Oigamos bien algo, nos hará mucho provecho: ¡Nada puede indignar más que el ver cuán desconocidos son los turcos, cuán insospechados—diría—, por todos los occidentales que jamás han puesto el pie en aquel país! Vengo de América y allá sucede lo mismo que aquí: al hablar de los turcos, se dice corrientemente “hordas de Asia”, “bárbaros”, etc. Pues bien, yo no creo que haya en el mundo una raza más verdaderamente buena, honrada, leal y dulce. Tengo que hacer una excepción, por desgracia; tengo que exceptuar a los que han sido educados en nuestras escuelas y gangrenados en nuestros bulevares: éstos, que llegan más tarde a ser los funcionarios, no los meto en cuenta. ¡El pueblo, el verdadero pueblo, los pequeños burgueses, los campesinos, no hay mejor! Que se pregunte a cuantos hemos vivido en Oriente, aun a nuestros religiosos y sacerdotes, tan respetados allá; que se les pregunte a quienes prefieren o estiman más, a los turcos o a los servios, búlgaros y demás cristianos levantinos: yo sé de antemano la respuesta. Todos sostendrán que esos búlgaros—admirablemente valientes, lo reconozco el primero—que avanzan cantando el **Te-Deum** y al son de campanas de iglesias, son una raza infinitamente más brutal y asesina que la raza musulmana.

**Es posible** ser hombre de ciencia y ser supersticioso a la vez. Todavía más: el ejercicio de ciertas profesiones científicas inclina a la superstición. El médico, v. gr., se halla incessantemente forzado a resolver problemas de extrema dificultad y en